

La deuda y el cuerpo en el deporte de alto rendimiento

Nuria R. Ortega*

Resumen

Lazzarato (2013) propone el dispositivo de la deuda como mecanismos de control de la subjetividad mediante la culpa y la responsabilidad. La deuda, como nuevo eje en el que se estructura la gobernanza, subordina nuevas relaciones de poder desterritorializadas. Este dispositivo de sujeción se expande y disciplina las prácticas y los valores éticos y morales a nivel global, en tanto que modifica las estructuras de las relaciones de poder generando un nuevo mecanismo de explotación capitalista.

Esta ponencia se propone pensar algunos lineamientos en relación a la deuda y al cuerpo, usando como ejemplo el mundo deportivo del alto rendimiento. Allí en donde el cuerpo se muestra en su mayor esplendor, la deuda regula y habilita la intervención constante de lo tecnocientífico para mejorar el rendimiento de los cuerpos atléticos competitivos en busca del record imposible, de una naturaleza que nunca apareció como tal, pero que debe ser restituida.

Palabras clave: deporte, deuda, biopolítica.

*Nuria R. Ortega es Lic. en Comunicación Social, UBA. Maestría en estudios interdisciplinarios de la subjetividad. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Cohorte 2014-2015. E-mail: nuria_ortega21@hotmail.com

Introducción

En la antigua Grecia, como en la modernidad, los públicos estaban fascinados por los cuerpos atléticos y sus logros. Las victorias olímpicas aparecen como una posibilidad de escapar al efímero estatus de la vida humana (Gumbrech, 2006: 98), en tanto que han logrado o se han acercado a cierta perfección imposible de alcanzar. Por eso, estar en presencia inmediata de la grandezas atléticas, en Olimpia, implicaba que uno estaba cerca de los dioses.

En la antigüedad, la actitud atlética se encarna en esa deuda constante de “volver a ser lo que nunca fuimos” (Foucault, 2014: 105), como tema fundamental de la práctica de sí. Como si hubiese una naturaleza que nunca fue dada, que nunca apareció en el individuo humano pero que fue corroída y que hay que volver a alcanzar. La inquietud de sí, el preocuparse por sí mismo a lo largo de toda la vida es una práctica de gobierno predominante, que ha tenido una continuidad subterránea. Preocuparse por sí mismo no es solamente una actitud crítica sino también formativa y correctiva de malos hábitos, dependencia y deformaciones que hay que sacudir.

Para desentramar el neoliberalismo contemporáneo, Lazzarato (2013) propone el dispositivo de la deuda, no solo como mecanismo de control de la subjetividad mediante la culpa y la responsabilidad, sino también sobre la construcción del deseo. La deuda, como nuevo eje en el que se estructura la gobernanza, subordina nuevas relaciones de poder desterritorializadas. Este dispositivo de sujeción se expande y disciplina las prácticas y los valores éticos y morales a nivel global, en tanto que modifica las estructuras de las relaciones de poder generando un nuevo mecanismo de explotación capitalista.

La disciplina, pero también un cierto modelo de productividad llevada hasta el extremo, constituyen las líneas iniciales que adquieren una nueva importancia y ponen en cuestión nuevos problemas cuando se organizan en torno a un cuerpo productivo como espectáculo masivo. A partir de esto, esta ponencia se propone pensar algunos lineamientos en relación a la deuda y al cuerpo, usando como ejemplo el mundo deportivo del alto rendimiento. Allí en donde el cuerpo se muestra en su mayor esplendor, la deuda regula y habilita la intervención constante de lo

tecnocientífico para mejorar el rendimiento de los cuerpos atléticos competitivos en busca de la hazaña televisable, del record imposible, de una naturaleza que nunca apareció como tal, pero que debe ser restituida.

Considero relevante aclarar que las investigaciones académicas han relegado al olvido y marginalidad los estudios sociales del deporte desde el siglo XIX hasta los '60. Es llamativo el silencio filosófico y de los científicos sociales con respecto al tema, como si el deporte como manifestación popular sufriera de cierto desprecio *snob*. Según el sociólogo Jean Marie Brohm “el deporte nunca ha sido objeto de estudios profundos y sistemáticos a la luz de las ciencias humanas modernas (...), el deporte es todavía el pariente pobre de la investigación científica” (Brohm, 1993: 49). Sin embargo en los últimos años, una nueva generación de científicos sociales ha comenzado a indagar en la historia del deporte con la certeza de que esta invariablemente conlleva a adentrarse y analizar los cambios y modificaciones que sufren las sociedades en las distintas formaciones históricas. De esta manera han estado intentando, como también lo hace este trabajo, colocar al deporte dentro de un campo de conocimiento legitimado por las ciencias sociales, con la convicción de que el deporte expresa los valores vigentes de una sociedad en un momento histórico determinado, y que permite como expresión cultural, la reflexión filosófica-moral.

Disciplina y biopoder para la aparición de un deporte moderno

La actividad atlética moderna, como nuevo dispositivo de producción de placer, control, disciplinamiento y formación de subjetividad (De la Vega, 1999), surgió con las primeras revoluciones y reformas burguesas alrededor de 1800. Esta incipiente regularización de los movimientos corporales mediante técnicas disciplinarias de poder estuvo centrada en el cuerpo individual. Según Foucault (2001) los procedimientos de control aseguraban la distribución espacial de los cuerpos individuales, los cuales quedaban bajo vigilancia para incrementar su fuerza útil. Luego se sumarían las tecnologías de poder que tienen por objetivo administrar la vida (Foucault, 2001: .217-238); biopolíticas de control de la población que se

enfocan en educar y producir las especies de cuerpos que le signifiquen beneficiosos, cuerpos controlados con los mecanismos de vida: nacimiento, decesos, enfermedades y reproducción.

Esta tecnología de poder no disciplinario se aplica a la vida de los hombres, e incluso, se destina, por así decirlo, no al hombre/cuerpo sino al hombre vivo, al hombre ser viviente; en el límite, si lo prefieren, al hombre/especie (Foucault, 2001: 220).

Esta preocupación por el propio cuerpo se fortalece cuando la sociedad occidental moderna toma en cuenta el hecho biológico fundamental de que el hombre constituye una especie humana (Foucault, 2004: 15). La irrupción de la “naturalidad” se dio dentro de un medio artificial político como es la ciudad. Esta articulación entre la especie humana y el medio será intervenida por el gobierno.

En el siglo XIX la necesidad del bienestar físico de la población, de mantener su estado natural, o sea su salud como condición de existencia, pasó a ser un objetivo fundamental del poder político. Se construyó un saber en relación a una práctica beneficiosa para la clase dominante, que pretendía que el obrero, al ejercitarse, al sacudir el acartonamiento que provocaban las tareas repetitivas en la fábrica, se mantuviera como fuerza útil saludable para mantener el ritmo de trabajo.

Pero que al mismo tiempo se estaba gestando otro dispositivo: el deporte como un nuevo símbolo de distinción de una clase que se convertía en hegemónica, y que buscaba su autoafirmación mediante un cuerpo de clase cultivado, trabajado en la especificidad del deporte, saludable y por ende diferenciable del resto de la población, que solo se ejercitaba con el fin de mantenerse sano (De la Vega, 1999).

Las *public schools* inglesas, además de normalizar el entrecruzamiento entre deporte y salud, comenzaron a diferenciar y a reglamentar los movimientos corporales de rendimiento en: deporte, educación física, ejercicios militares, juegos y la danza. El deporte de alto rendimiento se tornó competitivo –en primera instancia entre las diferentes instituciones escolares para luego pasar a competencias entre las

naciones -, con cierta afinidad hacia el arte y la estética corporal, lo que permitió su incipiente espectacularización y unificación.

En 1894, el barón Pierre de Coubertin, un profesor de educación física francés, fundó el primer Comité Olímpico Internacional (COI) en La Sorbona, París, institución que comenzó ordenar una serie de prácticas y discursos sobre el deporte moderno y el espectáculo, acentuando de manera discursiva su vinculación con la salud, la juventud, el juego limpio y el buen vivirⁱ. La aparición de las organizaciones internacionales de cada actividad competitiva consolidó la unificación, regulación y centralización del deporte que significó (Altuve, 2005) “la configuración y estructuración de las instituciones encargadas de orientar teórica y prácticamente, de adiestrar y dirigir el movimiento concebido como deporte”. Así el movimiento corporal fue deviniendo en deporte moderno, entendido como toda actividad en la que siguen un conjunto de reglas llevadas a cabo con afán competitivo. En tanto dimensión cultural del movimiento, es un escenario social fundamental de culto y cultivo del cuerpo desde una perspectiva razonablemente rentable, ya no como práctica aristocrática. La medición de estos rendimientos corporales designa campeones, registra records y distribuye medallas y trofeos (Altuve, 2005).

El deporte olímpico, la globalización de la práctica atlética moderna,

(Altuve, 2005) se ha convertido en una atípica empresa trasnacional de espectáculo y entrenamiento, que refuerza el carácter instrumental, operativo, de la relación individuo-cuerpo, en el mundo industrial. Es una nueva dimensión de la explotación mercantil del cuerpo.

De Grecia al neoliberalismo: giro ético

En busca de explicar la eficacia y la eficiencia que tiene el dispositivo deportivo a nivel mundial, la institucionalización, la biopolítica y el disciplinamiento, si bien advierten cómo la actividad deportiva se va ordenando e imponiendo en la modernidad mediante diferentes dispositivos de poder, estos no son suficientes para desentramar una subjetividad deportiva en el neoliberalismo. La gubernamentalidad como campo estratégico de relaciones de poder no puede dejar pasar, teórica y

prácticamente, por el elemento de un sujeto que se definiría por la relación de sí consigo.

“Mientras que la teoría del poder político como institución se refiere por lo común a una concepción jurídica del sujeto de derecho, me parece que el análisis de la gubernamentalidad – es decir: el análisis del poder como conjunto de relaciones reversibles- debe referirse a una ética del sujeto definido por la relación de sí consigo (Foucault, 2014: 247)

Mientras que Foucault, entre 1980 y 1990, ya desarrolla el modelo de empresario de sí mismo – en tanto que el sujeto se hacía cargo de su pobreza, su desempleo, su jubilación, etc.- que producía un capital humano siempre precario, Lazzarato (2013) entiende que esto no es suficiente para explicar lo que pasa en la actualidad. Propone al hombre endeudado, como figura que ha pasado a ocupar la totalidad del espacio público. La relación acreedor-deudor es una (Lazzarato, 2013: 58) relación de poder más general y desterritorializada, que incita la fabricación “ética” del hombre endeudado, lo que conlleva un nuevo gobierno de conductas.

Para adentrarnos en esta relación de sí consigo hay que remontarse a la antigua Grecia. La inquietud de sí en los antiguos se ajustaba a la idea de establecer en el yo cierta relación de rectitud entre actos y pensamientos. O sea que el proceso de sujeción en la antigüedad tenía que ver con ligar al sujeto a la verdad, con la constitución de sí mismo, de la formación de una relación de sí consigo plena, consumada, completa para producir esa transfiguración de sí que es la felicidad que uno conquistó consigo mismo. La ascesis en el mundo griego no es la obediencia a una ley sino práctica y ejercicio de la verdad.

La autotransformación permitía el acceso a la verdad, como forma de liberación, porque el discurso verdadero se asimila para actuar correctamente frente a las diferentes circunstancias. Es parte de la moral de los primeros siglos y es una actitud con respecto al mundo, que implica una serie de acciones que uno ejerce sobre sí mismo, los cuales modifican, purifican, transforman. El sujeto se autoconstituye con la

ayuda de las técnicas de sí, o sea en relación consigo mismo se descubre como ciudadano del mundo.

El sujeto se somete porque se encuentra ligado a esa verdad. La elaboración ética de sí es hacer de la propia existencia, el lugar de construcción de un orden sometido por la coherencia interna. Pero no como una obligación sino como una elección personal de la existencia.

Conocer es conocer la verdad y esto a su vez es liberarse y depende de nosotros. El sí mismo como objeto y su relación con el objetivo y el fin requiere ejercitarse, entrenar, en cuanto al ánimo, en cuanto ejercicio ascético, y desborda la mera actividad de conocimiento. La práctica de sí mismo es una práctica autónoma, autofinalista y plural en sus formas.

Estas acciones autoconstituyentes, asimismo, eran parte del mundo atlético griego. Foucault cita a Demitrio (Foucault, 2014: 307) el cínico, quien compara al sabio con el atleta: el buen atleta es aquel que se ejercita en todos los movimientos posibles. No tiene que ver con concretar una proeza o una hazaña que nos permita imponernos a otros. La preparación atlética antigua preparaba para aquellos acontecimientos que se podían encontrar o que podían suceder en el transcurso de nuestra existencia no con el fin de superar a otro y ni siquiera, a nosotros mismos. El entrenamiento del buen atleta tenía que ver con movimientos elementales, generales pero eficaces que permitan disponer de ellos ante la necesidad. Al igual que el sabio, el arte del atleta es estar listo y mantenerse en guardia ante los golpes que puede recibir. Son movimientos que deben estar al alcance de la mano. Hay que tenerlo casi en los músculos. Es un atleta del acontecimiento. Hay que tenerla de tal manera que sea posible reactualizarlo de inmediato y sin demora, automáticamente. Es preciso que sea, en realidad, una memoria de actividad, una memoria de acto mucho más que una memoria del canto (Foucault, 2014: 312). De esta manera se deben asumir los discursos de verdad para poder constituir la matriz de los comportamientos racionales, en el ser del sujeto.

Es preciso pensar mucho más en esto que en algo así como un desciframiento de sí como lo encontramos en la práctica monástica. Hacer el vacío en torno de sí, no dejarse

arrastrar, no distraerse por los miedos, los rostros, las personas que nos rodean (...). Pensar en la trayectoria que nos separa de aquello hacia lo cual queremos encaminarnos o de lo que queremos alcanzar. Toda la atención debe concentrarse en esa trayectoria de uno a uno mismo. Llegar a dicha meta funciona como un imperativo que debe alcanzar el yo, o sea volver la mirada hacia mí mismo desviándola de los otros (Foucault, 2014: 223).

En los Juegos Olímpicos antiguos los atletas tenían que pasar por lo menos un mes en Elis, una ciudad a cincuenta y cinco kilómetros de Olimpia, para alcanzar mediante el entrenamiento su mejor forma física. Pero no es casualidad la mayor parte de los eventos tenían una clara referencia a las habilidades militares y no existían los deportes de equipos (Gumbrech, 2006: 97). El trabajo era sobre sí mismo, en cuanto al encauce de la concentración, además del trabajo físico.

El preocuparse por sí mismo a lo largo de toda la vida es una práctica de gobierno organizada de modo global y continúa, que resuena en la modernidad. Esta actitud tiene que ver con “volver a ser lo que nunca fuimos” (Foucault, 2014: 105), como tema fundamental de la práctica de sí. La inquietud de sí vinculada al deporte y a la figura atlética busca que el deportista se conozca en su mayor esfuerzo, en su más precisa concentración en busca de un objetivo. En esta línea las victorias olímpicas aparecen como una posibilidad de escapar al efímero estatus de la vida humana (Gumbrech, 2006: 98), en tanto que han logrado o se han acercado a cierta perfección imposible de alcanzar. Quizás por eso, estar en presencia inmediata de la grandeza atlética en Olimpia implicaba que uno estaba cerca de los dioses, los cuales compartían los rasgos físicos de los atletas: “eran rápidos y fuertes, potentes o con un atractivo erótico irresistible, eternamente borrachos o insuperablemente alertas” (Gumbrech, 2006: 101).

En la sociedad democrática actual el deporte tienen un sentido similar: es una forma del mérito personal. El deportista pertenece a un grupo de hombres de extraordinaria condición, a una clase de hombres de primera categoría. (...) Es una vedette, un ídolo; es un modelo, un objeto necesario de identificación y proyección” (Medina Cano, 2005: 110)

A diferencia de los griegos, el decir veraz cristiano se da a partir de una revelación, de un texto, de una relación de fe. Y aquí la ascesis será un sacrificio, una renuncia final a sí mismo, en función a las palabras verdaderas de otro. Uno no puede salvarse sino renuncia a sí mismo, o sea sino pierde su identidad, su subjetividad en la forma del yo por una relación privilegiada con Dios. “Este marcharía por el camino indefinido del progreso hacia la santidad en la que debe superarse a sí mismo, al extremo de renunciar a sí” (Foucault, 2014: 308). El atleta cristiano, además de esta renuncia, necesitará de un enemigo, un oponente, un adversario con el que luchar, y un objetivo celestial como la salvación, característica que arrastrará hasta la modernidad. Por eso deberá estar alerta, pero alerta de sí mismo, en cuanto al pecado, a la natural caída, seducción demoníaca, etc., o sea en vigilancia constante del yo.

La deuda y el doping

En la antigüedad, la apariencia de una corrosión de la naturaleza del individuo exige corregir, reparar, restablecer un estado que tal vez nunca haya existido en la realidad, pero cuyo principio indica la naturaleza (Foucault, 2014: 108). Esta rectificación sobre sí mismo es una deuda constante, imposible de saldar. ¿Quién podría estar libre de pecado? ¿Quién podría llegar a conocer *la verdad*? Este estar siempre en falta ha sido un motor en la construcción de la subjetividad antigua que se ha radicalizado en la modernidad.

Lazaratto (2011), en su análisis del neoliberalismo, propone la figura del hombre endeudado. La deuda es un dispositivo de producción y gobierno de subjetividades colectivas e individuales. La relación acreedor - deudor es el eje en torno al cual se produce la transformación de la gobernanza. La deuda segrega una moral propia del reembolso de la deuda y la culpa de haberla contraído. Pero el poder de la deuda se presenta como si no se ejerciera por represión ni por ideología: el deudor es libre pero sus actos deberán ser desplegados en el marco de la cancelación de la deuda contraída.

El italiano sostiene la deuda como el arquetipo de la relación social. Esto significa, por un lado, una asimetría de poder, y por el otro, que comenzar por la deuda implica

que la economía sea inmediatamente subjetiva “porque aquella es una relación económica que para realizarse presupone una modelización y un control de la subjetividad, de tal manera que el trabajo sea indisociable de un <trabajo sobre sí mismo> (Lazaratto, 2011: 41). Por lo tanto existe una producción de subjetividad como la primera y más importante fuente de producción.

Encuentro en el dispositivo deportivo una producción subjetiva neoliberal en cuanto a una relación radicalizada con lo adeudado. La subjetividad atlética está regida por una deuda que parece extremarse en el tecnocapitalismo, ya que disciplina, domestica, fabrica, modula y moldea la subjetividad.

Ante esto, un cuerpo prodigio y hábil detectado en su primera infancia, capaz de pertenecer al mundo de los cuerpos de elite que compiten, es un organismo endeudado no solo con la tierra en la que nació (su mayor acreedor) sino también con los espectadores del mundo, deseosos de proezas atléticas. Tiene la responsabilidad de representar a su nación en los eventos televisivos más vistos en todo el mundo y además mantener y reproducir el dispositivo mediante los recursos necesarios, y acá me refiero a los recursos biotécnicos, aunque la mayoría de ellos estén prohibidos por la dirigencia olímpica. La deuda no permite cuestionar esto y exige un encubrimiento de los caminos y los objetivos. El deudor siempre se encuentra en una relación de desventaja con el acreedor y su cuestionamiento será, al menos, depreciado o puesto en duda.

El sujeto dotado de las cualidades atléticas se endeuda, en primera instancia, con su nación. La negación a pagar dicha deuda o el cuestionamiento del sistema será tildado de traición a la patria, porque la deuda siempre conlleva una evaluación moral de las acciones y los modos de vida de los individuos.

Empero, aun cuando el beneficiario se resiste a esa intrusión en la vida privada, a esa violencia contra su persona y su subjetividad, no deja de sentirse perturbado por el <trabajo sobre sí> al que las instituciones lo obligan (Lazaratto, 2011: 156)

A modo de ejemplo, el jugador francés Emmanuel Petit fue cuestionado cuando declaró en 1998 que “se juega un partido cada dos días. Ningún atleta puede soportar

tanto esfuerzo. Yo no quiero que las drogas sean cosa cotidiana en el fútbol, pero hacia eso vamos” (Altuve, 2005). Años más tarde, el arquero alemán Toni Schumacher fue acusado de traición a la patria cuando reveló que los jugadores de la selección de su país eran farmacias ambulantes y que no sabía si representaban a Alemania o a la industria química germana.

Más alto, más fuerte, más rápido

La producción del hombre endeudado se inserta en la lógica de la deuda infinita cristiana, una deuda que no se terminará jamás de reembolsar, una deuda de por vida. El dispositivo deportivo impone esta lógica desde su propio lema: más rápido, más alto, más fuerte. *Citius, altius, fontius* es una locución latina pronunciada por Pierre de Coubertin en la inauguración de los primeros Juegos modernos en Atenas, en 1896. Coubertin agregaba a la frase: “Si lo imposible se levante ante él, se desvía y va más lejos”.

Esto ha cosechado realizaciones humanas impensables en el campo atlético y sigue avalando diferentes metodologías para seguir conquistando lo inconquistable. El lema impulsa a un exceso como forma de victoria, en donde el esfuerzo por la excelencia tiene que ser una construcción permanente. Las ansias por la superación como única práctica posible endeudan y obligan al sujeto atlético. Ante un cuerpo privilegiado, “¡la lógica de la deuda asfixia nuestras posibilidad de acción!” (Lazzarato, 2011: 74).

Las obligaciones de la deuda (Lazzarato, 2011: 48) representan conceptos morales tales como la falta, la culpa, la conciencia, el deber, etc. La deuda implica, por lo tanto, una subjetivación que requiere un trabajo ético-político del sujeto, una especie de tortura sobre sí mismo que marca el cuerpo y la mente.

La deuda (Lazzarato, 2011: 121) remite directamente a una disciplina de vida y a un estilo de vida, que implican el trabajo sobre sí mismo, un convencimiento, una negociación permanente consigo mismo que lleva a una subjetividad específica. El hombre endeudado, por lo tanto, es aquel que siempre está en falta y que, en el caso del atleta, debe seguir superándose como único objetivo de la competición.

El efecto de poder de la deuda sobre la subjetividad son la culpa y la responsabilidad. Esto le permite al capitalismo generar un pasaje entre el presente y el futuro. Lazzarato sostiene que objetivar el tiempo, “disponer de él de antemano, significa que toda posibilidad de elección y decisión que encierra el futuro queda subordinada a la reproducción de las relaciones de poder capitalistas” (Lazzarato, 2011:53). O sea la posibilidad de aplicar biotecnologías al cuerpo para mejorar su rendimiento es la única posibilidad de acción en el terrero olímpico, en el mismo momento en el que el sujeto aspira al alto rendimiento.

Esto ha habilitado el uso biotecnologías para poder mantenerse en esta carrera sobre la propia limitación física. Cuando los esfuerzos humanos parecen acercarse a su límite, la ciencia y la técnica están a su disposición para lograr lo que el cuerpo en su nuda vida no puede.

Si bien el doping ha tenido un desarrollo sistemático por parte de los Estados hasta los años 80 (Simon, 1992), a partir del neoliberalismo la disputa deportiva parece radicalizarse tanto en los estadios como en los laboratorios de investigación y desarrollo, en busca de seguir espectacularizando la práctica.

“El gran intoxicado es el deporte convertido en gran empresa de la industria del espectáculo, que acelera más y más el ritmo de trabajo de los atletas y los obliga a olvidar cualquier escrúpulo con tal de alcanzar rendimientos de superhombres. La obligación de ganar es enemiga del placer de jugar, del sentido del honor y de la salud del hombre; y es la obligación de ganar la que está imponiendo el consumo de las drogas del éxito” (Galeano, 2001).

La administración de sustancias biotecnológicas, como una suerte de especulación, parece ser la única manera de alcanzar o mantenerse dentro de la lista de los deportistas de elite, y la única manera de que los records se sigan quebrando y que el espectáculo siga siendo redituable.

El doping que se radicaliza

El COI define el doping como la administración o uso por parte de un atleta de cualquier sustancia ajena al organismo o cualquier sustancia fisiológica tomada en cantidad anormal o por una vía anormal, con la sola intención de aumentar en un modo artificial y deshonesto su *performance* en la competición. En función de esto el COI ha publicado una lista de sustancias prohibidas y ha desarrollado un programa de detección en las competencias que estén bajo su ala.

Con cierta ingenuidad o hipocresía, el COI prohíbe el dopaje porque va en contra de la esencia del espíritu olímpico y del juego limpio. Sin embargo, las exigencias de las pruebas y los tiempos records hacen del dopaje una alternativa viable para los competidores. En 1980, el profesor Arnold Beckett, farmacéutico asesor del COI, aseguró que las posibilidades de que un atleta limpio, que no use drogas, gane una medalla de oro son muy escasas.

La deuda, a la que está sometido el deportista, ejerce y organiza el poder de destrucción/creación, el poder de elección y decisión. Para esto “es preciso que en el mundo haya indeterminación, un tiempo abierto que se está haciendo” (Lazzarato, 2011: 56), un presente vivo que permite creer que existe la posibilidad de seguir rompiendo marcas; y esto le permite la posibilidad del doping. Esta deuda corporal de los atletas, esta imposibilidad de pago, de puertas para adentro (siempre está la necesidad de romper un record para trascender), permite la intervención constante de su propio cuerpo. El régimen de lo infinito es el régimen de la destrucción/creación (Lazzarato, 2011: 91) que como poder moldea la explotación y la sujeción.

La aplicación intensiva y extensiva de la ciencia y la tecnología en los materiales e instrumentos utilizados en las competencias y en el cuerpo mismo del atleta-competidor, en función de garantizar su triunfo y de romper las marcas a un ritmo vertiginoso, acorde a la concepción del tiempo contemporáneo, se ha radicalizado. La estimulación con agentes externos al cuerpo humano ha encontrado un nuevo lugar de intervención: los genes. El doping genético consiste en insertar o inyectar genes dentro de las células para que realice o corrija acciones que antes no hacía. “La técnica más usada es inyectar genes a través de virus inocuos (que no generan daño) llamados vectores, a los que se les ha modificado su información genética y codificado

nuevos genes” (Estévez, 2008). O sea las personas cuentan con unos 30 mil genes que son los que la definen como ser humano. Al modificarlos, estarían cambiando la estructura genética de una persona.

Este tipo de modificación tiene una aparente ventaja: no es detectado por los controles, porque es el propio cuerpo el que genera las modificaciones en el organismo. La única manera de controlarlo es mediante la extracción de tejido muscular de los atletas y exponerlo a un análisis específico.

Si este es el camino que sigue el deporte, los deportistas del futuro podrán estar hechos a medida de las circunstancias que los rodeen, serán atletas mejorados, que salten más alto, que corran más rápido y que sean más fuertes. La modalidad de utilizar la técnica para “mejorar” el rendimiento, se relaciona con los mismos principios de la eugenesia. Durante el nazismo, pretendía mejorar los rasgos hereditarios humanos, manteniendo la raza alemana pura. Pero la eugenesia estuvo antes del nazismo y continuó por otras vías y con otros nombres.

Los investigadores creen que no es exagerado pensar con inyecciones de cóctel químicos que modifique la información genética en las células y hacerlas capaces de sintetizar hormonas de forma permanente para generar masa muscular adicional donde se quiera. Se pronostica que la fuerza muscular aumentaría en un 27 por ciento sin necesidad de entrenamiento (Kukso, 2004), lo que insinúa la inevitabilidad de que el doping genético llegue a las competencias” (Estévez, 2008).

Se creen que existen tres tipos de modificaciones genéticas hasta el momento utilizadas en el deporte para mejorar la calidad de las performances:

- ➡ Repoxygen, que consiste en insertar en las células el gen de la EPO (eritropoyetina) que permite la síntesis de glóbulos rojos, para mejorar la resistencia.
- ➡ IGF-1 modifica el AND muscular mediante un gen que fabrica la misma sustancia, similar a la insulina.
- ➡ Miosina IIB es una sustancia, que mediante su aumento proporciona alta velocidad de contracción muscular y potencia.

Con el avance de la aplicación de la terapia genética a los atletas, se pronostica que permitirá que las empresas dedicadas a la biotecnología tengan la posibilidad de

modificar a los atletas desde la adolescencia, interviniendo y manipulando su desarrollo.

El COI ante el advenimiento del nuevo doping ya ha penado la práctica desde el 2003, pero aún no se ha desarrollado una prueba que pueda detectarlo. Lo cual entra a jugar en un doble discurso en donde por un lado al atleta se lo endeuda exigiendo la excelencia desmedida de su *performance* y por otro se le pide que no se dope para conseguirlo, pero adviernte también, que de hacerlo, nunca se sabrá. El COI parece conocer muy bien este mecanismo, pero el periodismo, en apariencia, lo ignora. Contar la *verdad* (enunciar la necesidad de doping para el alto rendimiento en lugar de solo noticiar de manera moralista al que se dopó y fue detectado) cambiaría no solo el marco atlético sino el político contemporáneo.

Los avances de la ciencia (Lazzarato, 2011: 175) nos hacen vivir en un estado de excepción permanente, en donde la sociedad de las imágenes neutraliza toda imaginación. La ambición de gloria y éxito para generar un show altamente rentable van presionando a los atletas para que normaliza la aplicación de sustancias prohibidas, volviéndose a sí mismos ratones de laboratorio.

A modo de conclusión

El giro ético en las investigaciones de Foucault nos permite salir de la perspectiva del poder como única fuente de gubernamentalidad. Los modos en que se ha construido las relaciones consigo mismo y con los otros y la relación entre el sujeto y la verdad permiten entrever algunos lineamientos para entender la eficacia del proceso de sujeción deportivo en la modernidad. La construcción de un sí mismo (dentro de ciertas condiciones de posibilidad) como dispositivo de dominación es una práctica que convertiría a la vida en obra de arte. La actitud deportiva está atravesada por esta premisa, no solo en la idea de la construcción corporal del cuerpo sino en la imagen estética que conlleva.

El yo del individuo es objeto de determinación ética del código moral que genera una relación diferencial con respecto a un valor como la salud, la capacidad atlética, que para conseguirlo requiere un trabajo sobre sí guiado por el principio estético. La subjetividad del deportista encarna esa lucha del hombre por conquistar y dominar,

en este caso, su propia naturaleza, su parte imposible, lo corroído que nunca estuvo y que debe volver a sí.

En el neoliberalismo, el dispositivo de la deuda radicaliza e impulsa al deportista a volver a ser lo que nunca fuimos, a romper marcas extraordinarias, a normalizar la necesidad de un doping silencioso, prohibido pero que parece ser el único camino al éxito.

La intervención tecnocientífica es avalada por esta idea de mejoramiento, de corrección, purificación, transformación a la que debemos someternos en busca de alcanzar una perfección inalcanzable, la marca imposible, la gloria de los dioses, la salvación de los cielos.

Lejos de ser propia del deporte, este mecanismo de sujeción contamina toda la práctica humana. El doping se hizo cotidiano. Por ejemplo, las hormonas de crecimiento (prohibidas para los atletas) destinadas a unos pocos miles de niños que sufren enanismo en los Estados Unidos, en 1991, se había convertido en uno de los remedios más vendidos en aquel país, y en uno de los mayores sucesos comerciales de toda la historia de la industria farmacológica (Sibilia, 2005: 251). El medicamento había superado su público destinatario y era consumido por niños que tenían una estatura considerada normal. Por otro lado, millos de personas en el mundo consumen antidepresivos para combatir angustias y aumentar la productividad, normalizando ciertas situaciones de placer.

La eficiencia de las técnicas de la fabricación del sujeto endeudado se da a partir de la evaluación moral de sus prácticas. Esto se refiere al individuo y al trabajo sobre sí que al mismo tiempo debe activar y administrar, y que nos sofoca para que la única acción posible sea la búsqueda absurda de su cancelación.

Notas

ⁱ Desde sus inicios, el COI se caracteriza por ser un organismo no gubernamental, sin fines de lucro (con 901 millones de dólares en el Banco para el 2012), y que en la actualidad tiene su sede en Suiza. Lleva adelante el Movimiento Olímpico y concentra a las organizaciones y atletas que se ajustan a las reglas que regulan y organizan dicho movimiento, llamada Carta Olímpica.

BIBLIOGRAFÍA

Brohm, J.M (1993). “20 tesis sobre el deporte”, en Barbero, J.I. *Materiales de Sociología del deporte*. (p. 47 -55), Madrid: La Piqueta.

Foucault, M. (2001). *Defender la sociedad. Curso en el Collage de France (1975 – 1976)*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Foucault, Michel (2004). *Seguridad, territorio y población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Foucault, M (2014): *La hermenéutica del sujeto*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Gumbrecht, U. H. (2006). *Elogio de la belleza atlética*, Buenos Aires: Katz.

Medina Cano, F. (2005). Los narradores deportivos y sus epopeyas cotidianas, en *Comunicación, deporte y Ciudad*. Medellín: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana

Lazzarato, M. (2013). *La fábrica del hombre endeudado*, Buenos aires: Amorrortur

Sibilia, Paula (2005). *El hombre postorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Simon V. y A. Jennings (1992). *Los señores de los anillos. Poder, dinero y doping en los Juegos Olímpicos*. Colombia: Grupo Editorial Norma.

Artículos publicados en Internet:

Altuve, E. *Cuerpo, deporte y globalización*. <http://www.efdeportes.com/efd80/globaliz.htm>. Consultado el 20 de octubre de 2013.

De la vega, E.. *La función política del Deporte. Notas para una genealogía*. www.efdeporte.com. Consultado el 1 de julio de 2013

Artículos periodísticos:

Galeano, E. (2001, 4 de marzo). *Los atletas químicos*, Página 12.

Kukso, F. (2004, 17 de julio). El coctel de los campoenes. Página 12.

Estevez, M. (2008, 12 de julio). Suicidio genético. Revista Fox Sport.